

## *Manuel, un maestro para nosotros*

*“Lo que cuenta en una obra de arte no es lo exterior, sino lo que de firmeza y sensibilidad contiene en su interior”*

Pablo Gargallo

Muchas veces he dicho y escrito que Manuel es nuestro maestro, el mío y de todos nosotros, el escultor de nuestra época; al que hemos tenido la inmensa fortuna de conocer, y querer. Sin embargo, nunca he explicado por qué, en qué consiste su magisterio, siendo como es tan claro –aunque pocas veces explícito– en el trabajo de casi todos nosotros, sobre todo en el de los más jóvenes.

Manuel tuvo la suerte –si buena o mala sería largo de pensar– de haber tenido una formación a la antigua usanza, una relación maestro discípulo como había sido costumbre, tradicionalmente, desde la época clásica. Ninguno de nosotros hemos conocido esa forma de aprender, y esta ausencia nos ha dejado una carencia elemental e irremplazable; no solo en aspectos técnicos, como resulta evidente, sino, y sobre todo, en la comprensión de la escultura como una forma de estar en el mundo, como una profesión en el sentido más pleno de la palabra.

Pero todo tiene ventajas e inconvenientes, y este abandono nos arrojó a la posibilidad de gozar de una libertad sin precedentes, una libertad que, sin embargo, para muchos fue, y es, una carga demasiado pesada: todos hemos visto cómo el miedo a la libertad puede provocar la búsqueda desesperada de seguridad, la necesidad de un refugio en el que guarecerse, la asimilación de un conjunto de certezas en que ampararse aunque esto suponga renunciar a la contemplación de las estrellas. Si un filósofo, para serlo de verdad, ha de dormir necesariamente al raso, lo mismo podemos decir del artista.

He aquí el magisterio de Manuel Arcón, o al menos una formulación posible: tuvo la visión y la audacia de aunar la tradición escultórica –no sólo la de nuestra tierra– con la libertad más solitaria y sublime de la abismal intemperie. En su obra, como en los casos de Gargallo, Condoy y Serrano, supo ir más allá de los dictados que la tradición o la moda (en el caso del primero) y el estrecho dualismo de posguerra (en el de los segundos) habían querido imponer, y recorrer un camino de libertad individual tan difícil como a veces incomprendido.

Él siempre ha dicho que no quiso dedicarse a la enseñanza –pudo haberlo hecho en la Escuela de Artes de Zaragoza– porque resulta demasiado difícil para un discípulo apartarse de las enseñanzas de su maestro y esta separación –cuando no ruptura– es siempre necesaria para el desarrollo del

artista. ¿Pero puede acaso un artista trabajar verdaderamente en libertad si desconoce la tradición? Su magisterio pertenece más al terreno de lo ético y lo epistemológico, incluso de lo ontológico, que de lo estrictamente estético. Es su forma de actuar, su manera de entender el arte, su ser mismo como artista lo que hemos podido aprehender de él. Su enseñanza ha ido más allá de estilos o tendencias. Cuando uno anda su propio camino poco le importa encontrar en él huellas anteriores. Nuestros pasos son siempre originales e inéditos si verdaderamente son nuestros.

Nada se puede enseñar, todo se puede aprender. Y es cierto que no quiso enseñarnos, pero nos permitió aprender de su ejemplo. Nos ha mostrado una forma personal y distinta de mirar la escultura, de percibir detalles fundamentales que en los libros se suelen pasar por alto, de comprender el lenguaje sutil en que dialogan los volúmenes entre sí, de saber escuchar y amar a los materiales con los que trabajamos.

Cuando los aspirantes a artistas de mi generación empezábamos a conocer el mundo del arte en España, y sobre todo en provincias, todavía imperaba el empobrecedor dualismo abstracto/figurativo, propio de los años cuarenta y cincuenta europeos: un paisaje toscamente reduccionista, como era menester en la ideología moralizante de aquellos años, en el cual se mezclaba el desprecio arrogante hacia la técnica con el tozudo desconocimiento de la teoría. Fue gracias a maestros como Manuel, que supieron ver más allá de tan limitada perspectiva, como pudimos aprender a trabajar sin aquellos prejuicios formales. Él supo desde muy joven compaginar en su obra la fuerza y la contundencia de las corrientes constructivistas del norte de España con la ligereza poética del mediterráneo catalán; la síntesis formal y conceptual de los grandes escultores europeos del siglo XX con la habilidad técnica en la talla y el modelado de la mejor tradición gótica y renacentista.

Pero cabe ahora preguntarse: ¿Qué es en realidad la tradición? ¿cuál es su importancia para mí? No entraremos en disquisiciones sobre la necesidad de la historia: resulta evidente que sin pasado no habría presente y el futuro sería algo impensable. No, me refiero a algo más íntimo, a una experiencia interior de cada uno de nosotros para la cual Manuel ha sido fundamental. Sin él no habiéramos podido llegar a sentir qué es formar parte de una cadena que se pierde en la oscuridad del tiempo remoto. Él aprendió de su maestro Burriel, éste de Inurria, y aquel ya no sé de quién; con poco esfuerzo podríamos seguir la pista hasta muy lejos. Algo hay que permanece en todos ellos, un testigo que pasa de mano en mano y al que nosotros hemos podido también acceder, apenas rozar por breve tiempo. El vértigo de la responsabilidad sujeta nuestras manos pero también la satisfacción de sabernos parte de un *nosotros*. Sin la presencia y la personalidad de Manuel esa cadena de manos entrelazadas tal vez se hubiera interrumpido y perdido en nuestra ciudad, o tal vez hubiera pasado de largo sin haber podido percatarnos de su importancia.

He empezado diciendo que Manuel es el maestro de todos nosotros. ¿Y quiénes somos nosotros? Eso deberéis contestarlo cada uno de vosotros en la intimidad del silencio, a poder ser, mientras os dejáis envolver por la magia y la energía milenaria de estas obras que contempláis.